

Intervencionismo estadounidense, una práctica hasta el *infinitum*

Quigley, John. *Minding the world's business, the ruses for war. American interventionism since World War II*. Estados Unidos, Prometheus Books, 1993.

Antes de que Mijail Gorbachov realizara sus movimientos de acercamiento hacia finales de los años 80, su asesor, Gregory Arbatov, anunció públicamente que

estaban preparando “algo terrible para los estadounidenses; digamos que una solución capaz de terminar de una vez por todas con el enemigo”. En ese momento ya no llegó a suceder nada, pero eso no significa que Estados Unidos esté lejos de la mira de cualquier adversario. Muy al contrario, sigue habiendo viejos contrincantes (Fidel) y algunos nuevos (Hussein, las cabecillas guerrilleras somalíes, etcétera). Si lo vemos desde el punto de vista histórico, cada uno de los presidentes de Estados Unidos ha tenido su demonio, reforzado por el Congreso que odia lo extranjero y por un inmenso cuerpo de medios de comunicación capaces de respaldar lo que mejor se venda. Ciertamente, estos demonios cumplen una función muy importante para la economía estadounidense: hacerle ver al pueblo la razón por la cual es necesario apoyar las acciones militares de su país.

De hecho, son pocos los investigadores que han documentado tan bien este espíritu guerrero como lo hace John Quigley en su más reciente libro. Él mismo realizó una serie de viajes hacia los lugares en que ha intervenido Estados Unidos con el fin de conocer las opiniones de quienes han sido aplastados por la maquinaria de este país. Sus entrevistas o contratos son por lo general con civiles; la mayoría de las veces con mujeres e incluso niños.

De una visita a Hanoi, el autor describe: “vi un vecindario que había sido bombardeado por nuestras fuerzas, ya que el presidente Nixon creía que con la amenaza de las bombas podríamos obligar a Vietnam del Norte a negociar con nosotros. Obviamente todo mundo murió durante este bombardeo, y aunque no existe un monumento a los muertos, sí se ha erigido algo así como un centro memorial”.

Cierto es que los analistas militares, como el autor de este libro, no deberían pasarse a la esfera emocional sino mantenerse por encima de estos dramas humanos. Sin embargo, Quigley no duda en dejarse llevar por sus sentimientos, y, en resumidas cuentas, debemos agracérselo. Después de haber visto a las víctimas del fuego estadounidense, Quigley realiza un análisis tan exhaustivo que su hipótesis sobre las intervenciones de dicho país, que están acompañadas de mentiras, historias falsas y ardidés, se convierte en una verdad irrefutable. A partir de una gran cantidad de información, el autor busca demostrar la forma en la cual los presidentes de Estados Unidos y los respectivos congresos han logrado que el pueblo compre la idea de que las intervenciones son necesarias e indispensables en los distintos lugares donde se susciten conflictos. No ha habido presidente desde Truman hasta Bush que no utilice el control de la información para vender la necesidad de acciones bélicas.

Con el retiro de la amenaza soviética se presenta ante Estados Unidos un panorama de pequeños conflictos que aún pueden convertirse en “peligros”. Como dijera Bush antes de abandonar la presidencia (Clinton no ha modificado el discurso a este respecto), el mundo sigue siendo un lugar peligroso que

amenaza los intereses estadounidenses. Es decir, seguiremos metiendo nuestras narices, o nuestras armas, tanto como lo creamos necesario. ¿Cómo oponernos a ello? Quigley no proporciona soluciones, aunque afirma que una de las principales metas sería obligar a la presidencia a que no sea la única que controle la información en estos asuntos. Pero, resulta muy probable que este tipo de medidas no fructifique, por lo menos no en el corto plazo.

Washington Post

Colaboración: Unidad de Monitoreo de Medios Internacionales (UMMI). SRE.
